



DANZAR NUESTRA VIDA CON OTROS RELACIONES QUE DAN VIDA

Somos seres relacionales por naturaleza. Creados a imagen y semejanza de un Dios que es Trinidad, nadie puede entenderse a sí mismo ni desarrollarse al margen de las relaciones que nos constituyen. Las relaciones del Dios Trinitario, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos invitan constantemente a una relación de amor-comunión con nuestros hermanos.

Nuestras sociedades, cada vez más individualistas, olvidan con frecuencia que ontológicamente somos seres en relación, seres comunitarios, y que si olvidamos esta dimensión constitutiva de nuestro ser destruimos nuestra humanidad.

Desde el inicio, nadie ha podido darse la vida a sí mismo. La vida la recibimos, es un don. Nuestras primeras relaciones son con los generadores de nuestra vida. Relación especialmente intensa y vital con nuestra madre, en cuyo seno nos desarrollamos y con la que vivimos una comunión especial. Ciertamente que no tenemos conciencia de esta etapa, pero esta relación marca profundamente nuestra vida, incluso en el plano biológico. La alimentación de la madre, su actividad, las sustancias que pueda ingerir o las radiaciones que pueda recibir pueden modificar nuestro desarrollo. La relación materno filial es la primera relación vital de nuestra existencia. Evidentemente existe también, y es importante, la relación paterno filial puesto que nuestro desarrollo expresa nuestra genética, y nuestra dotación genética es en un 50% recibida del padre.

Comenzamos pues la vida con una relación intensa que nos posibilita la vida misma, y esta relación no es sólo biológica.

El ser humano se constituye y se define, también, por las relaciones que establece.

Creo que básicamente hay cuatro dimensiones relacionales de la humanidad.

1. Relación con Dios.
2. Relación con los hermanos/as.
3. Relación con la Tierra y nuestro entorno.
4. Relación con uno/a mismo/a.

Estas cuatro relaciones marcan profundamente nuestro ser.

1. La primera, la relación con Dios,

Despliega nuestro potencial espiritual y humano, nos conecta con la fuente, el origen y la meta de la Vida misma.

Sería muy osado por mi parte, e imposible, intentar describir lo que supone la relación con Dios, pero quiero subrayar algunos aspectos, a sabiendas que son sólo balbuceos lo que puedo expresar.

La relación con Dios es una relación inagotable, vivificante, que nos remite a lo mejor de nosotros mismos, que nos estimula a ser cada día mejores de lo que somos, porque lo somos por creación.

La relación con el Creador nos muestra más claramente la vocación de la Criatura.

Es una relación humanizante. Contemplar la Belleza nos hace más bellos, contemplar al Justo nos hace más justos, contemplar al que es la Vida nos vivifica y nos compromete con ella, contemplar al Amor nos hace más "amables", en el sentido etimológico de esta palabra, es decir, más capaces de recibir amor, y más "amantes", más capaces de amar.

Esta relación con Dios ensancha los horizontes de nuestra humanidad, a la vez que nos hace más plenamente humanos.

Si las relaciones son fuente de vida, ésta lo es por antonomasia. Es la relación con la Vida misma, con el Señor Creador y dador de vida. Con el Padre que ama entrañablemente todo lo que ha creado; con el Hijo que es el camino, la verdad y la Vida, el Dios encarnado, Jesucristo muerto y resucitado; con el Espíritu Santo, aliento de vida, ruah, fuerza vivificante, " Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido"¹, Espíritu de consolación.

Si realmente nos relacionamos con el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, si nos abrimos a la acción de su Espíritu, somos continuamente vivificados y recreados en esta relación.

La Palabra es transformadora de nuestras vidas, no retorna sin haber hecho su cometido.

La gran definición de Dios es que es Amor, y un Amor que nos compromete con la vida a la vez que nos da vida.

El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo nos ha manifestado y nos manifiesta su amor en una Historia concreta.

Es el Dios que a través de la los profetas nos expresa que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva². El mismo Dios que no apaga el pábilo vacilante ni quiebra la caña cascada.

La relación con El nos impulsa a la relación con nuestros hermanos. "El que dice << yo amo a Dios >>, y odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano, a quien ve?"³.

No nos relacionamos con Dios solamente en la oración, en la contemplación, sino también en la relación con el hermano. "En verdad les digo que siempre que lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, conmigo lo hicieron"⁴.

Nuestro Dios es un Dios encarnado. La relación con El nos impulsa a seguir su mismo proceso de relación, un proceso kenótico, de abajamiento. El proceso kenótico entiendo que es un proceso clave a la hora de hablar de nuestra identidad de religiosos y religiosas.

Es una invitación a encontrar el gozo de la vida desde abajo, compartiendo la vida en los márgenes de nuestra Historia.

Es la relación con un Dios que escucha los gritos de su Pueblo, que conoce nuestros sufrimientos⁵, y que se compromete con nosotros para liberarnos, porque su pasión es que tengamos vida y vida en abundancia⁶.

¹ Secuencia del Espíritu Santo. Pentecostés.

² Ez. 18, 23.

³ 1 Jn. 4, 20.

⁴ Mt. 25, 45.

⁵ Ex. 3, 7.

⁶ Jn. 10, 10.

Paradójicamente la relación con Dios nos invita a perder la vida para ganarla⁷. La vida que recibimos en esta relación es vida para entregar, para que otros muchos tengan vida, como lo hizo Jesús.

Si nuestra relación con Dios no nos lleva a dar la vida, con generosidad y alegría, no nos estamos relacionando con el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Es la relación con el Hijo Buen Pastor. Las personas de culturas rurales comprenden mucho mejor el significado del pastor bueno. Saben cómo realmente se preocupa por cada oveja, la conoce y llega incluso a dar la vida por ella. A mí personalmente siempre me ha sostenido y animado el sentirme llevada al cuello, en brazos, cuando lo he necesitado, cuando no podía caminar. Saber y sentir que en Jesucristo soy sostenida y conducida. Esta imagen nos acompaña desde los inicios del cristianismo.

Permítanme también que desde nuestra espiritualidad del Corazón de Jesús exprese que esta llamada descubrir y manifestar el Amor del Corazón de Jesús es la realidad más preciosa de mi vida. Voy a tomar prestadas unas reflexiones de Karl Rahner que expresan bien lo que me gustaría compartirles. " ¿Dónde hay otra palabra, fuera de la palabra "Corazón de Jesús", que nombre de tal forma al Señor único y que todo lo unifica, y que unifique e interiorice de nuevo la plenitud de Aquel a quien nombra?. No hay ninguna otra. No se ha pronunciado ninguna otra palabra que la de "Corazón de Jesús". Esta palabra la han dicho los cristianos en sus oraciones, la han susurrado y la han proclamado sobre los tejados (...). Esa palabra evoca el corazón, que es lo íntimo y lo unificador, el misterio que resiste a todo análisis, la ley oculta que es más fuerte que toda organización y que toda utilización del hombre técnicamente organizada. Esa palabra designa el lugar en que el misterio del hombre pasa a ser el misterio de Dios. La infinitud vacía que se interioriza aquí lanza una llamada hacia la infinita plenitud de Dios. Esa palabra evoca el corazón traspasado, angustiado, desangrado, muerto. Designa lo que significa amor inconcebible y desinteresado, el amor que vence en el fracaso, que triunfa en la impotencia, que muerto vivifica, que es el amor, que es Dios. Con esa palabra se proclama que Dios está cerca allí donde se ora diciendo: <<Dios mío, ¿por qué me has abandonado?>>. Con esta palabra se habla de Aquel que es plenamente corporal y, sin embargo, es todo en todas las cosas, de forma que uno puede contar sus pulsaciones y puede detenerse con lágrimas de felicidad. (...) ¿Qué otra cosa se podría formular como compendio de nuestro cristianismo sino que la Palabra eterna de Dios, brotada del corazón del Padre, ha encontrado nuestro corazón, lo ha aguantado y lo retiene para toda la eternidad?... La palabra <<Corazón de Jesús>> designa la realidad en la que el misterio sin nombre al que llamamos Dios esta presente como cercanía que se compadece y que se da a si misma."⁸

Danzar al ritmo del Espíritu, de la Ruah, es fecundar la Historia. Es la relación más transformadora de la vida. La Ruah hace en aquellos que se abren a su acción lo que nadie más es capaz de hacer. Personas débiles y temerosas salen fortalecidas, personas tristes salen con gozo, personas acobardadas salen valientes.

La relación con Dios es esta relación cálida, fecunda, exigente, vitalizadora, afectiva, personal y comunitaria.

No se puede ser testigo si no hay encuentro. Los religiosos y religiosas queremos ser hombres y mujeres de Dios, y si no se da esta relación de amor preferencial, si no hay este encuentro no podremos dar testimonio de Aquel que nos ama, llama y envía.

La relación con el Dios Trinidad nos sumerge en todas las demás relaciones.

⁷ Cfr. Jn. 12, 25.

⁸ XAVIER ILUNDÁIN - JOSÉ A. GARCÍA (Eds.), *Cuestión de Amor. Bernardo de Hoyos, una semblanza. Antología de textos modernos sobre el Corazón de Jesús*. Bilbao 2010.

2. Relación con los hermanos/as.

Dios nos ha hecho hermanos, por eso El es Padre. No podemos desplegar nuestra humanidad al margen de la fraternidad/sororidad.

El individualismo de nuestras sociedades nos destruye como personas. Somos responsables de lo que hacemos por /con nuestros hermanos.

De hecho, la gran pregunta ética de la Biblia es "¿qué has hecho con tu hermano?, ¿Dónde está tu hermano?"⁹. Esta pregunta recorre la Historia remitiéndonos a nuestro ser más originario. En la relación con los hermanos/as nos jugamos nuestra humanidad y por tanto nuestra identidad.

Pienso que adolecemos a veces de un falso respeto que encubre la inhibición en la lucha contra el mal. Frases como "es su vida", "allá él/ella" abren un muro entre seres destinados a la comunión entre si y con Dios Padre.

Debemos encontrar los modos de relación más humanos, y creo que la vida religiosa, por su misma identidad comunitaria, debería ser experta en humanidad.

Existimos en el seno de una Iglesia comunidad, simbolizada en una barca que une los destinos de todos.

Implicarnos conjuntamente en la vida no es para nada sinónimo de suplantar la libertad de los hermanos. Es tener cuidado, cuidar, amar la vida, amar toda vida, especialmente las más amenazadas, es ser compasivo ("sufrir-con"), es hacer que realmente "Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy sobre todo los pobres y de todos los que sufren, son también, las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón." (GS 1). Sólo así la vida religiosa podrá ser testigo creíble de Dios, de un Dios comprometido por amor con la vida humana. Nuestras sociedades necesitan testigos y profetas que clamen por unas relaciones humanizadoras y justas. No podremos avanzar como humanidad mientras no estemos dispuestos a dar cuenta de lo que hacemos con nuestros hermanos, mientras no testimoniemos que la plenitud humana se encuentra en el amor.

En el lema de esta semana consta "Testigos esperanzados de la vida por caminos de conversión, diálogo y profecía". Nuestro ser profético nos llama a denunciar a y a anunciar. Denunciar que no todas las relaciones humanas son humanizadoras, y a anunciar que es posible adentrarnos por caminos de compasión, amor, libertad, ternura, confianza, por caminos abiertos por el Espíritu vivificante.

Hay que denunciar y hay que luchar contra las relaciones esclavizantes. Hay relaciones establecidas sobre el dominio y la explotación del otro. Hay relaciones de abuso de poder, también en el seno de la vida religiosa y de la Iglesia.

Algunas relaciones dan muerte, matan; están basadas en el odio o en el egoísmo y desamor. La traición hiere en lo más íntimo al ser humano, rompe los vínculos más profundos que nos constituyen.

El terreno de los afectos es uno de los más frágiles y pervertibles, donde con facilidad se establecen relaciones esclavizantes. Chantajes afectivos no confesados, tiranía y dominación como dinámica relacional, y muchas otras actuaciones que son motivo de sufrimiento y angustia.

¿Desde dónde nos relacionamos con nuestros hermanos?, ¿cómo son nuestras relaciones comunitarias?, ¿son relaciones generadoras de vida para la propia comunidad y para los demás?.

⁹ Gn. 4, 9.

Entre las relaciones hay una relación privilegiada entre humanos: la relación de amistad.

La amistad es el regalo más grande que las personas podemos darnos. Es fuente de afecto, amor, confianza, seguridad, vida, ilusión. Permite desplegar lo mejor de nosotros mismos y es un canto permanente al amor.

A la vez la amistad es un don. Amistad y gratuidad van inseparablemente unidas.

En la vida religiosa, desde teologías prevaticanas, se extendió la sospecha sobre la amistad. En nuestras primeras Constituciones se hablaba de las "amistades particulares" como "peste de las comunidades". Las nuevas Constituciones, en cambio, hablan de la amistad en términos radicalmente diferentes: << La amistad puede ser para nosotras una gracia, una ayuda valiosa y exigente en este camino de fe y de amor. Será tanto más verdadera cuanto más nos abra a la fe y a la misión. Nos recuerda la fidelidad con que Dios nos ama. La unión con Jesús dará a nuestra amistad alegría y transparencia.>> (Constituciones Sociedad del Sagrado Corazón, 66).

No cabe duda que para la vida religiosa la amistad es un modo privilegiado de manifestar el amor de Dios por cada persona.

Dice el libro del Eclesiástico: <<El amigo fiel es un refugio seguro; el que lo encontró ha hallado un tesoro. ¿Qué pagarías por tener un amigo fiel?. No tiene precio. El amigo fiel es remedio saludable, y los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme a Dios se hace verdaderos amigos, pues, como es él, así serán sus amigos>>. (Sir 6,14-17).

Ciertamente la amistad es un tesoro. Es una relación que implica toda nuestra persona y que expande lo mejor de nosotros mismos. El amigo fiel es un elixir de vida (o remedio saludable), aumenta nuestra vida, nuestra salud.

Jesús mismo la pone como paradigma de relación: << No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando. Ya no les llamaré servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Les llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendía de mi Padre>>. (Jn. 15, 13-15).

La amistad implica comunicación, confianza, afecto, veracidad, comprensión, generosidad, renuncia, deseo, alegría, lealtad, gratuidad, fidelidad, libertad. Sin todo ello la amistad no es posible. No se puede buscar a los amigos para llenar nuestros vacíos, sino para compartir nuestras vidas. La amistad es un motor potente que dinamiza nuestro ser, fortalece nuestros afectos y nos ayuda a emprender proyectos con ilusión.

La amistad requiere tiempo para cultivarla. La verdadera amistad nos hace más nosotros mismos, más libres.

Una amistad posesiva, controladora, interesada, no va a ser una amistad duradera. Nada de lo que nos quita libertad nos humaniza. Una cosa es el deseo de estar con el amigo y otra muy distinta la obligación de supeditar todas las cosas a estos encuentros. El verdadero amigo respeta y potencia nuestra libertad. La amistad requiere también ascesis, renuncia, para poder potenciar la vida del amigo, para atenderle huyendo de posesiones y relaciones de dependencia malsana (porque dependientes lo somos todos de todos. Vivimos en el seno de una interdependencia que posibilita la vida. No es esta la dependencia la que debemos renunciar sino a esa dependencia que disminuye dos dones que he recibido, que no me deja seguir mi vocación).

Necesitamos amigos para vivir. Dice Aristóteles que : <<Los amigos se necesitan en la prosperidad y en el infortunio, puesto que el desgraciado necesita bienhechores, y el afortunado personas a quienes hacer bien. Es absurdo hacer al hombre dichoso solitario,

porque nadie querría poseer todas las cosas a condición de estar sólo. Por tanto, el hombre feliz necesita amigos.>>¹⁰

La amistad es una relación de reciprocidad. Damos y recibimos, y sabemos que en esto consiste el amor. Dice San Ignacio de Loyola en el libro de los Ejercicios Espirituales que << El amor consiste en comunicación de las dos partes. Es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante; de manera que si uno tiene ciencia de al que no la tiene, si tiene honores o riquezas lo mismo, y así el otro recíprocamente>> (EE, 231).

Desde la vida religiosa no puedo dejar de hablar de las relaciones con los hermanos de comunidad. Nuestras comunidades son hogares donde compartimos la vida. El compartir las cosas materiales debe ser signo de compartir también de un compartir más profundo y comprometido. Los pequeños gestos cotidianos son "termómetros" de nuestro amor. Cuando nos encontramos "pasando factura" de los servicios que hacemos a la comunidad podemos preguntarnos cómo estamos de amor fraterno. Lo hablaremos cuando toquemos la sexualidad célibe, pero ya quiero apuntar aquí que unas relaciones humanas de calidad en la comunidad son un ayuda para vivir nuestro celibato consagrado. y estas relaciones no son sólo fuente de vida para nosotros, sino que también son comunidades revitalizadoras de nuestros pueblos, abiertas, acogedoras, signos humildes del Reino de Dios.

3. Relación con la Tierra y con nuestro entorno.

Las personas producimos impactos en nuestro entorno, en la Tierra, en la atmósfera, en otros planetas.

Y a la vez recibimos impactos de todo nuestro entorno. Impactos alimentarios y ambientales. Lo que comemos, lo que respiramos, las radiaciones que recibimos, las exposiciones a diversas sustancias y climas van dejando huellas en nuestra corporeidad.

Si dañamos nuestro entorno vamos a recibir impactos que dejarán cicatriz en nuestras vidas.

Para danzar con el Universo debemos estar atentos y respetar su ritmo. No agredirlo. Para que esta relación de frutos de vida hay que cuidar amorosamente todo lo que nos rodea.

Tenemos también una responsabilidad de vida con las generaciones venideras. Debemos evitar el caos y el desastre ecológico. Debemos propiciar un desarrollo sostenible y respetuoso con nuestro planeta y con el Universo. Hay que guardar la armonía de la Creación.

Creo que para potenciar la vida debemos también denunciar todas las acciones que tienen un impacto negativo en nuestro mundo. Ser cuidadosos con las fuentes energéticas. No agotarlas y evitar usos incontrolados de algunas. ¿Qué hacemos por ejemplo con los residuos nucleares?. ¿Por qué algunas zonas del Planeta consumen la mayoría de los recursos de todos y otras partes reciben la casi totalidad de los impactos negativos ambientales , en forma de acumulación de residuos tóxicos o radioactivos, por ejemplo?.

Evidentemente la cuestión ecológica sería motivo, por si misma, de otra semana teológica. Ahora sólo quiero explicitar la necesidad de ser responsables en nuestras relaciones con la Creación, para poder realmente vivir en armonía. La Tierra nos alimenta y nos sostiene. La Tierra es agradecida, da sus frutos y se deja "preparar". Hay culturas que tienen la suerte de tener muy evidente una relación integradora y armónica con la Tierra. Culturas respetuosas con ella. Me hizo bien el año que viví en el Altiplano peruano el ser testigo de la relación que la cultura andina establece entre el ser humano y la Tierra. relación de respeto y agradecimiento. Y esto se expresaba en cosas muy bellas: "chellar" la tierra antes de beber,

¹⁰ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, IX, 1170 a 13-17.

festejar la cosecha de las patatas, establecer una relación especial con los "apus", las montañas que nos albergan.

Hay un poeta catalán, Joan Maragall que en su "Cántico espiritual" expresa bellamente: << Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira amb la pau vostra dintre de l'ull nostre, què més ens podeu dar en un altre vida?>>.

La relación con la Creación nos lleva a la relación con el Creador también. Contemplando la naturaleza me vuelvo más creyente. "Todo lo has hecho con sabiduría, tus obras son obras de amor". Y contemplar lo macroscópico y también lo microscópico. Maravillarme del orden y la proporción, la belleza de lo Creado. Creo que esto nos hace mejores personas y más respetuosas con el Misterio que nos acompaña.

4. Relaciones con uno/a mismo/a.

Hay una relación con uno mismo que es esencial, en forma de intimidad.

Una persona sin intimidad no puede madurar, crecer ni desarrollarse humanizadamente.

Hay áreas de nuestro ser que no pueden ser divulgadas, o porque pertenecen a la intimidad de otros o porque son de tal naturaleza que nunca pueden expresarse ni correcta ni completamente. La experiencia trasciende a la expresión.

Hay distintas clases de intimidad: corporal, psíquica, espiritual...y hablamos del "derecho a la intimidad", "confidencialidad", "secreto"...

De hecho cuando alguien "invade" nuestro territorio energético lo percibimos como una agresión. Solamente cuando aceptamos que alguien se nos acerque demasiado la sensación es placentera, de lo contrario nos despierta nerviosismo y agresividad. necesitamos un espacio vital propio.

También hay una intimidad psíquica, de pensamientos que no se comunican. Sería inhumano un "cerebro transparente", que todos pudieran ver lo que pensamos en todo momento.

Hay una intimidad espiritual que permite este espacio interior donde la criatura se expande desnudamente delante del Creador.

La intimidad es condición para nombrar la verdad de nuestras vidas.

Recojo aquí también unas reflexiones de Karl Rahner: <<Recógete, no te disperses, ten el valor de recogerte, aun cuando aparentemente te empobrezcas, aun cuando te parezca que se te escapan muchas cosas, aun cuando el centro del corazón te haga la impresión de ser la fosa de un sepulcro mudo, vacío y silencioso, muerto y mortal.

Solamente cuando hayas aprendido ese ejercicio, cuando sepas estar solo, cuando hayas aprendido a guardar silencio, a renunciar, a dejar, a hacerte pobre, solamente entonces podrás hallar también la unidad en la multiplicidad.

Solamente cuando ese centro, esa unidad que recoge, a la que llamamos corazón, haya sido traspasada y aparentemente se haya desangrado en un vacío atroz, se haya desangrado en vano amor a los demás, solamente entonces encontrarás la unidad, es decir, solamente entonces te la dará Dios sin mérito alguno por tu parte. [...]

En realidad no existe ninguna fórmula para la combinación y dosificación de esta dualidad de salir y recogerse, de la unidad que procede del fundamento único y de la multiplicidad que procede de ese mismo fundamento. No existe para nosotros ninguna fórmula para esa combinación, pero existe una combinación, no por nuestra parte, sino por parte de Dios, no como obra nuestra, sino como gracia de Dios; no en nuestro corazón, sino en el Corazón de Cristo.

Sabemos que nuestra vida ha de constar de esos dos ejercicios; hemos de estar dejando constantemente uno por razón del otro; hemos de estar yendo constantemente de un lado a otro, sin encontrar jamás una sede estable. Pero, como captados, no captamos la unidad de esos dos ejercicios. Esta unidad está escondida en Dios y en su disposición, en su amor. [...]

No hablamos en vano de los misterios del corazón, no decimos en vano que el Dios omnisciente es el único que conoce el corazón del hombre, no consideramos en vano como el más alto saber la ciencia de los corazones, no hablamos por ligereza de los abismos del corazón. No entenderíamos el corazón en su más propia verdad, si no lo concibiéramos como misterio.

Cuando miramos, por tanto, a ese Corazón del Señor, miramos al signo del misterio que rige y abarca nuestra vida. No existiría ningún corazón si no existiese el Corazón del Señor como lo originario que siempre permanece en secreto, si en la base de la realidad no existiese el misterio. Y en ese sentido ese Corazón hace referencia al misterio de Dios.>> (XAVIER ILUNDAIN-JOSÉ A. GARCÍA (Eds.), *Cuestión de Amor. Bernardo de Hoyos, una semblanza. Antología de textos modernos sobre el Corazón de Jesús*, Bilbao 2010).

Vivimos permanentemente "conectados" y no nos damos el espacio para conectar con nosotros mismos, con nuestro corazón. Dice el libro de los Proverbios << Cuida tu corazón porque en él están las fuentes de la vida>>.

Esta relación posibilita las demás relaciones porque nos muestra nuestra identidad.

Margarita Bofarull Buñuel rscj

Quito, 6 de Diciembre de 2012.